

JOHN MAYNARD KEYNES O LA HUMANIZACION DE LA ECONOMIA

Por JORGE ECHEVERRI HERRERA

Tal vez fue Spengler quien afirmó que el nuevo ciclo histórico que vivimos ahora, se caracteriza desde el punto de vista económico, por el advenimiento del crédito, de la desmaterialización de la moneda para crear posiciones de riqueza en el porvenir. Antes que el pensador germano, Honorato de Balzac había sostenido la tesis, demasiado audaz, de que las operaciones a crédito implican no deber nada.

A mi manera de ver, estos dos escritores son los profetas más brillantes y realistas del nuevo destino de la humanidad. Como todo precursor, ellos anticiparon al mundo su itinerario fatal, con un lenguaje de sino, frío, violento, inexorable. A los que hemos emergido después a la experiencia vital, se nos ha impuesto la misión de organizarnos de acuerdo con el verbo que era en el principio.

En la batalla de la nueva edad, nos hemos acogido a unos pocos capitanes. En la política, a Mussolini o a Lenin; en la especialización económica, al profesor Schacht o a John Maynard Keynes.

Este último personaje ha logrado la peripecia de volvernos un poco pitagóricos, en cuanto que hemos empezado a aceptar que los números rigen en grande proporción nuestra travesía por la vida. Evidentemente, Keynes ubica en la técnica matemática la orientación y el sentido de una justicia social dinámica y operante. Contrariamente al pensamiento de Carlos Marx, que partía de una tesis clasista para instaurar un régimen negativo y antiespiritual, el economista británico afirma que la moneda puede cohesionar en un solo haz a ricos y pobres, brindando oportunidad a los últimos para alcanzar con éxito, si quieren, el nivel de vida de los primeros. De allí que se oriente hacia la investigación de lo que él llama "la demanda efectiva", es decir, los renglones de forzosa compra-venta como artículos esenciales para la supervivencia. En el momento en que la moneda dibuje una red de ocupación y de inversión permanentes y deje de detenerse en lo que él denomina "ahorro negativo", por virtud de la producción especializada de mercaderías de adquisición necesaria, la riqueza colectiva será más abundante y el incentivo para invertir será

mayor. Como se ve, el proceso de riqueza, a este ritmo, no puede detenerse. Pero cabría la objeción de que, en un momento determinado, la superabundancia de dinero ocasionaría un envilecimiento del mismo, un estado inflacionista dramático y una falta de objetivos para la misma moneda. A este propósito, Keynes cita el siguiente ejemplo: "En los Estados Unidos, hacia 1929, la rápida expansión del capital en los cinco años anteriores había conducido acumulativamente a erigir fondos de amortización y márgenes de depreciación en tan grande escala, con relación al equipo que no necesitaba ser renovado, que se requirió un volumen enorme de inversiones completamente nuevas sólo para absorber estas reservas financieras; y llegó a ser casi imposible encontrar todavía más inversiones nuevas en suficiente escala, para absorber el ahorro nuevo que una sociedad rica y con ocupación plena hubiera estado dispuesta a realizar".

Pero, ¿cuáles eran los frentes de ocupación en los Estados Unidos? Ciertamente ese país gozaba de una elevada posición jerárquica en la competencia internacional. Su industria, sin embargo, no obedecía a una planificación técnica, especializada, basada en estadísticas serias que interrogaran la preferencia de los mercados. De allí que, en muchas zonas del trabajo, se hubiera dado el caso de la superproducción, es decir, de la acumulación de bienes a donde la demanda no se dirigía. Naturalmente, a la postre, el precio de esos productos se redujo en tal forma que el nivel de los salarios se hizo exiguo y lánguido, a tiempo que el costo de la vida, por otros aspectos, adquiría caracteres verdaderamente dramáticos. En síntesis y como fruto de la experiencia, Keynes propone la fórmula audaz y posiblemente irrefutable de que, por una parte, la industria debe satisfacer la demanda efectiva de los consumidores y, por otra, debe crearles necesidades nuevas para estimularlos a producir y a invertir. Es el caso de una campaña de urbanizaciones o de explotación siderúrgica, por ejemplo; en el primer supuesto, el Estado lanza la iniciativa, pongamos por caso, de facilitar crédito para construir viviendas urbanas y rurales; automáticamente surge la competencia en las industrias más pluralizadas: el empeño por lanzar al mercado las mejores maderas, los mejores auxiliares de hierro, el cemento de más buena calidad. La industria que quiera dar mayor rendimiento tiene que demandar más brazos; toda demanda eficaz debe ir lógicamente acompañada de una remuneración halagadora para el trabajo; así pues, habrá mejores salarios. En la hipótesis de la explotación siderúrgica, a nadie se oculta su repercusión en los transportes, su influjo en el precio posterior de la materia prima para muchas fabricaciones, su financiación parcial por anticipado, por razón de la demanda, emanada de esas mismas fábricas, de los productos eventuales.

Y ese llamamiento a un mayor número de trabajadores no se limitará a las zonas productivas más directamente afectadas por dichas iniciativas. Keynes explica que, en una determinada industria, el aumento de brazos sólo puede hacerse dentro de cierto límite, ya que, para cierto equipo, un aumento en el número de los que lo emplean trae consigo una disminución inevitable en el rendimiento de cada individuo. Si, por lo tanto, la demanda de un artículo exige una mayor producción, es forzoso, para el que la fabrica, incorporar nuevos elementos al equipo indispensable. De allí que la demanda repercute en todos los sectores, aún los más alejados en apariencia

de la zona de producción directa y, por esa necesidad del aumento de implementos, se vaya extendiendo a prácticamente todos los frentes de producción de un país.

Como se ve por lo anteriormente expuesto, lo que determina para Keynes el volumen de ocupación es el punto de intersección de la función de oferta global con la función de demanda global. La función de la oferta global depende principalmente de las condiciones físicas de la oferta. En este aspecto radica el interés de la competencia, porque una condición física es tanto más apetecible cuanto mejores calidad y rendimiento lleve implícitos. No se trata tanto del menor precio cuanto de la mayor durabilidad y eficacia de los distintos productos. Una maquinaria transformadora de materia prima, por ejemplo, con un recargo del 200% sobre otra de inferior calidad, puede alimentar un mercado más vasto y más pródigo en confianza. La función de demanda global relaciona cualquier nivel dado de ocupación con los importes de ventas que se esperan del mismo. Los "importes" se forman de la suma de dos cantidades: la que se gastará en consumir, cuando la ocupación está a cierto nivel, y la que se destinará a la inversión. En la propensión a consumir influyen factores de orden objetivo y factores de orden subjetivo; entre los primeros, Keynes enumera los siguientes: un cambio en la unidad de salario; un cambio en la diferencia entre ingreso e ingreso neto; cambios imprevistos en el valor de los bienes de capital, no considerados al calcular el ingreso neto; cambios en la tasa de descuento del futuro, es decir, en la relación de cambio entre los bienes presentes y los futuros; y cambios en la política fiscal. Los motivos de carácter subjetivo que impulsan a los individuos a abstenerse de gastar sus ingresos son los siguientes: formar una reserva para contingencias imprevistas; proveer para una relación futura entre el ingreso y las necesidades del individuo y su familia, diferente de la que existe en la actualidad, como por ejemplo por lo que respecta a la vejez, la educación y el sostenimiento de la familia; la preferencia de un consumo real mayor en fecha futura a un consumo inmediato menor; disfrutar de un gasto gradualmente creciente, ya que complace más al instinto normal la perspectiva de un nivel de vida que mejore gradualmente, que lo contrario; disfrutar de una sensación de independencia y del poder de hacer cosas; asegurarse una masa de maniobra para realizar proyectos especulativos o de negocios; legar una fortuna y satisfacer la pura avaricia.

Como se ve, Keynes bucea profundamente en la heterogénea gama de la psicología humana. A la teórica pluralización social de Platón, el nuevo filósofo y economista contrapone un plan estatal tan unitario y técnico que, a pesar de la diversificación de aptitudes de las gentes, todas tienen cabida dentro del mismo esquema económico y político. La virtud se recobra, como él dice, en el momento en que el Estado asuma la rectoría de las finanzas y de la economía privada. La banca, por ejemplo, que hasta ahora ha sido una entidad absorbente de los depósitos del público, sin fuerza de irrupción monetaria hacia flancos de beneficio colectivo, hoy tiende, merced a los postulados keynesianos, a emanciparse de la inorgánica "liquidez", para auxiliar la construcción de hospitales, de carreteras y de escuelas, verbigracia. Esta actitud implica favores para todo el núcleo social, encauzamiento de la moneda hacia la adquisición

de vehículos de transporte, de maquinaria agrícola, de textos de estudio, de drogas que, por su mismo influjo sobre la salud y la cultura, aumentan la capacidad de trabajo de las gentes. La tragedia de Shylock en el teatro shakespeariano radicaba seguramente en la ausencia de un Estado generoso en luces y en auxilios; hoy esa actitud está perfectamente pasada de moda. Porque si la avaricia, como dice un humorista francés, es "el amor desinteresado del dinero", no hay que olvidar que técnicamente el único amor que no se explica sin "interés" es el de los negocios.

Por lo expuesto hasta ahora, sería fácil el advenimiento universal de gobiernos acordes con la fórmula de Mussolini: todo dentro del Estado y nada contra el Estado, nada por fuera del Estado. Evidentemente, aun cuando el Duce habló en alguna ocasión en forma despectiva de John Maynard Keynes, el sistema corporativo no puede concebirse como entidad dinámica, como palanca sustancial en las realizaciones estables, si cada uno de los gremios que lo componen no representa fuerzas laborales o industriales de vigorosa participación en el ingreso nacional. Y, al fin y al cabo, es poco el trecho que separa la mentalidad de Keynes de la de Schacht. Tanto es así, que en una publicación de estudios económicos de la Universidad de Oxford dedicada a la revisión de los experimentos keynesianos, se habla del empleo alemán de la pre-guerra como de la más saliente demostración de la clarividencia del financiero británico.

En medio de la impopularidad que aún rodea el nombre de Keynes, resulta muy significativo que, en los regímenes más antagónicos, su pensamiento presida el más tremendo viraje de la historia contemporánea. Baykov, en su "Historia de la economía soviética" habla de un sistema bancario que se experimenta ahora en Rusia y que constituye, por así decirlo, un puente de enlace entre los depósitos y la inversión planificada. Tal es la idea keynesiana a que aludíamos antes y que lo mismo trata de operar en la Argentina que en Colombia. Europa se recupera ahora gracias a la previsión, es decir, a la consulta estadística de los renglones del mercado que constituyen la demanda efectiva de América y de ese continente. El plan Marshall, en medio de todo, se sustentó en los postulados de Keynes. Y, si no pareciera exagerado, podría decirse que la batalla por el dominio del mundo entre Rusia y los aliados de Occidente consiste, en fin de fines, en una competencia por ser más técnicamente keynesianos.

Keynes ha sido el primer filósofo que ha logrado demostrar que no siempre es exacta la sentencia de Goethe: "Obrar de acuerdo con el pensamiento es lo más difícil del mundo".

JORGE ECHEVERRI HERRERA

De la Facultad de Jurisprudencia
del Colegio Mayor del Rosario.